

Los rostros de la delincuencia

Kevin López¹

De niños creímos poder llegar a ser el orgullo de nuestra nación: algunos médicos; otros, policías o bomberos, etc., ya que aquí penan miles de sueños. Mas hoy nos encontramos a una gran distancia de nuestros sueños, en una cárcel, donde quizá no somos motivo de orgullo para muchos. Somos los *rostros de la delincuencia*. Somos el reflejo de las malas decisiones que nos trajeron a este lugar. A otros los han llevado al cementerio.

Nosotros podemos mostrar cómo la delincuencia no mira razas, nación, etnia o condición social y, sobre todo, edades. La delincuencia es una epidemia social. Nada más miremos el retrovisor de la historia de nuestro país y veremos cómo han aumentado, desde 1985 hasta hoy, tanto el conocimiento respecto al orden penitenciario y carcelario como los establecimientos para la misma y cómo se pide a gritos seguir construyéndolos.

La mayoría hemos visto la delincuencia como un deporte; la diferencia es que en esta partida nadie sale ganador.

Cuánto me ha servido la cárcel y pensar que nunca imaginé llegar aquí. Sí, los delincuentes se mofan de que nunca los llegarán a pillar, aunque el llegar a prisión les aumente el rango.

Cuando llegué aquí no sabía tanto como hoy. Quizás invertir poco dinero y atención a mis estudios me trajo aquí, y me pregunto si eso mismo trajo al país hasta este punto. Al punto de que un joven de 25 años como Jaime, que debería estar estudiando en una universidad, se pregunte si nació para estar preso toda su vida.

Un día nosotros tuvimos la capacidad de decidir y no lo supimos hacer. Hoy podemos mostrar el peor de los caminos para que usted, quien quiera que sea, elija uno mejor.

Aquí en prisión la vida no es nada fácil. Algunos nos llaman turistas del Gobierno, ya que en cualquier momento a uno lo pueden enviar a vivir de norte a sur o viceversa. Aquí uno ya no se pertenece a uno mismo, ni a su propia familia, porque ni uno decide cuando verlos, ni ellos tampoco. Uno no puede decir que tal alimento no le gusta. Con hambre, todos se resignan a comer gambao.

1. Interno del Establecimiento Penitenciario de Mediana Seguridad y Carcelario de Santa Marta (EMPSC)

Todo se hace en orden. Fila para la ducha, para orinar, para comer y aun para verse en el espejo. Se aprende que a una mujer se debe mirar a los ojos.

La resocialización en una prisión colombiana es como la salvación: individual. Cada quien decide cómo sale de este lugar y qué hacer. Muchos regresan; a otros los vemos por última vez en algún periódico amarillista y sentimos tristeza porque pudieron haber podido cambiar el rumbo de su vida antes de morir.

Aunque no muchos pueden creer que este lugar cambia a las personas, de un carácter criminal a uno más común, aquí sí contamos con algunas herramientas que nos ayudan a modificar nuestras vidas. Por ejemplo: el tiempo. Aquí tiempo es lo que nos sobra; nos sobra tanto tiempo que pareciera que un día tiene más de 24 horas, en el cual podemos hacer innumerables reflexiones, mayormente acerca del pasado. Otros se inclinan por vivir espiritual y religiosamente. Como quien dice: el comienzo de una nueva vida.

Un día entrevisté para este artículo a Jerson, a quien cariñosamente llaman “Cebolla”. Me contó que la primera vez que visitó la biblioteca de la cárcel pasó pena: al llegar trabado, todos se dieron cuenta por el olor que transpiraba. Me dijo que no iría conmigo a hacer la entrevista porque en la biblioteca se sentía “solo contra el mundo”. Al final accedió y, mientras entrábamos, me dijo que él era una rata y que su problema era que él se quería llevar todo, que un día se había robado unos jabones y lo habían descubierto. Me pidió que nos

robáramos el computador con el que hacíamos la entrevista.

Para cambiar el tema le pregunté qué soñaba ser él desde su niñez, y me respondió que como su papá, que era técnico electrónico. Sin embargo, Jerson no llegó a serlo porque le gustó más la plata e inició trabajando con cuero en Venezuela.

Luego le pregunté cómo había llegado a la delincuencia, y me dijo que él no era un delincuente, aunque sobre el pesen tres procesos judiciales. Entonces le pregunté cómo había llegado a la cárcel y me respondió, resueltamente, que por haber matado un hombre intentando cuidar su integridad física y que el robar era una maña que había aprendido en las cárceles como modo de supervivencia.

La supervivencia es lo que nadie aquí se rehúsa a usar: unos lavan ropa de otros cambiando el trabajo por lo que les haga falta. Y la pérdida de cualquier cosa es una catástrofe. Otros hacen aseo, reparten la comida y, aunque aquí nos sobre el tiempo, siempre hay algo que hacer.

A esta cárcel la llamamos “la tierra prometida” porque desde hace unos años ha habido una lucha por una convivencia sana, y podemos decir orgullosamente que se ha logrado. Ya no hay guerras regionalistas ni clasificación de delitos, y para muchos que nos visitan les es sorpresa todo esto.

Los niños del ayer, aunque no logramos el futuro deseado, estamos logrando el cambio dentro de una cárcel para algún día alcanzar aquel futuro.